



La bendición del Mar de Tetis

Guillermo Zapata Romero

*Deleteria sapida
Guillermo Zapata Romero*

La bendición del Mar de Tetis

– Varón, 22 años, contusiones en maxilar, abdomen y tórax.

No era un varón. Era una chica trans a la que habían pegado una paliza.

Margarita se incorporó y miró la hora. Las tres y veinte de la madrugada. Acompañó a la chica al box de urgencias y le dejó puesta una solución salina y antibióticos. Tenía la cara hecha un cristo.

– Gladys – Le dijo la chica con un murmullo – Gladys Love.

Marga le hizo una caricia en la frente y le dijo que no se preocupara. Tenía que avisar al médico de guardia, pero antes fue pidiendo las radiografías de turno y se acercó a hablar con el tío del SAMUR que la había traído.

–Se llama Gladys – le dijo – le han pegado una paliza, joder. Tened un poco de cuidado.

– Llevo 16 horas de turno, Margui, ¿qué quieres que te diga? Si en el DNI pone Marcos, se llama Marcos y es un tío. Que no se muera esta noche y ya verás como lo del nombre es lo de menos.

– No es lo de menos. Es su nombre.

Los nombres son importantes, pero el tío del SAMUR se iba ya a otra salida.

-Y da igual las horas que lleves de guardia.

Margarita llevaba 17 y no perdía la educación por ello. Se pasó las manos por los riñones y se masajó los hombros.

Avisó al doctor Márquez, que examinó a Gladys y dictaminó que la tenían que operar de urgencia porque los golpes le habían perforado un pulmón. Para ese momento “la trans” era lo más interesante de todo el turno de noche y Margarita dedicaba la mitad de su tiempo en apartar a los mirones hasta subir a quirófano.

Entre mirón y mirón, hablaron.

Margarita era enfermera. Gladys estaba en paro. Margarita tenía una salud de hierro casi desde que nació, a Gladys le habían pegado una paliza descomunal. Margarita intentaba que se olvidara de eso. Le explicó que se llamaba Gladys por Gladys Knight, la cantante. Margarita no la había oído nunca, pero el nombre le gustaba mucho. Gladys hizo el chiste de que igual debería haber sido un poco más Knight y un poco menos Love. Margarita le dijo que el amor siempre está bien y que “No habíamos venido al mundo a pelear”. Era un dicho de su madre. La madre de Margarita había muerto de un cáncer de huesos dos años antes. Fulminante. Se lo contó a Gladys. Jamás había hablado de ello con ningún paciente del hospital. Lo hizo porque pensaba que se iba a morir. Como si pudiera contarle, quitárselo de encima, pero a la vez, sin consecuencias. Luego se sintió fatal por ese sentimiento egoísta. Fue la primera vez que fue cariñosa y cercana con Gladys por motivos egoístas, pero no la última.

Gladys, de pronto, rompió a llorar por el dolor y la angustia. Con la cara tan hinchada las lágrimas se le caían. Marga le limpió la cara. Le dijo que no se preocupara. Gladys subió a quirófano a las cinco y veinte de la madrugada. Margarita se quedó de pie, en la cortina dónde la tenían y se sintió terriblemente sola. Tan sola cómo para escribir un adverbio terminado en “mente”.

El turno de Margarita terminó a las siete de la mañana y Gladys aún no había salido de la anestesia. La operación había ido bien, pero los golpes eran muy serios y la chica tardaría en recuperarse. Margarita salió del hospital después de cambiarse de ropa y darse una ducha. Aún arrastraba la sensación de soledad y cobardía, pero el sueño ganaba por goleada. Llevaba una pequeña maleta de ruedas porque se iba de viaje. En la calle estaba Sergio, su novio, con el coche preparado. Iban al pueblo de él, que ella no conocía después de tres años de noviazgo. Al verle no le apeteció nada ir.

A los tres minutos de meterse en el coche, Margarita se quedó dormida. Lo último que murmuró fue “Love”

XXXXXXX

– Te lo juro, nadie se lo cree pero es así -le dijo Sergio.

Margarita ni siquiera estaba despierta del todo y tenía una sensación profunda de mareo. Lógico, porque el coche daba vueltas sin parar por una carretera que había conocido tiempos mejores (en realidad, la carretería había mejorado hace años y luego se la había “dejado secar”, como decían por la zona) Se incorporó y sonrió a su novio.

– ¿Cuanto he dormido? – le dijo.

– Todo el viaje. La parte buena es que estamos llegando y que, tachaaan, puedes conocer “el Mar de Tetis”.

Margarita se miró la camiseta algo más despierta.

- Si es un chiste sobre mis pechos es malísimo, Sergio.
- El Mar de Tetis no es un chiste sobre tus bellísimas tetas, amor mío, sino el lugar en el que nos encontramos ahora mismo.

Margarita miró a su alrededor. Carretera horrenda, un barranco enorme, un río seco, pinos y roca descarnada y... Sí, un buitre. No, dos buitres. Cero Mar. Cero Tetis.

- Hace diez millones de años éste barranco era un mar. Todo era un mar. ¿Te acuerdas que te conté que en mi pueblo había huellas de dinosaurios?

Se acordaba, era uno de los detalles que más le habían impulsado para aceptar el viaje.

- Pues lo más curioso es que no están a los pies del barranco, sino en la parte de arriba de la montaña. El motivo es que antes aquí, había un mar.
- O sea, que vamos en coche por debajo del mar.
- Exactamente.

Los dos cantaron la canción “Bajo el mar” de La Sirenita. En realidad estaban nerviosos.

Para Margarita, conocer a la familia de Sergio era un paso importante en la relación. Quería que todo fuera bien y la idea de afrontar una familia numerosa como la de su novio, entusiasta como su novio y que no paraba de hablar como su novio, le tenía un poco abrumada. Su idea de lo que era una familia se había roto en pedazos el día que murió su madre. No en el sentido de que ya no quisiera una, sino más bien como si se hubiera empequeñecido toda posibilidad de tenerla. Su padre había perdido toda la alegría y había envejecido de un plumazo. Habían pasado tres años y la ausencia de su madre, en realidad, seguía ahí, como si siguiera en el salón, sentada, pero sin poder hablar con nadie.

Bueno, salvo los whatsapp.

XXXXXXXXX

Cuando terminaron de presentarse ya estaba aturdida. Entre los vivos y los muertos no era capaz de recordar prácticamente nada. Estaban las tres mayores, muertas en los últimos veinte años, Felicia, Leonor y Amelia. Estaban los seis hijos de ellas, sus respectivas parejas, los 15 nietos y nietas, que rondaban un arco de entre 20 y 45 años, con lo que en bastantes casos (siete) tenían también hijos (nueve). Y por supuesto una considerable cantidad de parejas (nueve) Todos se habían juntado para decirle “hola” a Margarita como si vinieran específicamente para ello. En total fueron 48 personas. 47 si excluimos a Sergio. 3 de ellas no dijeron “Hola” porque tenían menos de dos años. Era imposible recordar todos los nombres.

Afortunadamente, en la casa familiar -blanca, de cuatro plantas además de una cuadra llena de polvo, junto a un barranco por el que bajaba el hilo, la sombra, de lo que antes habría sido un río- sólo se quedaban las tres mayores muertas, que por lo que parecía no podían abandonar la casa salvo en casos excepcionales, la madre y el Padre de Sergio (a los que Margarita ya conocía) y otras tres parejas con, en total, dos niños más: Una hermana de la madre de Sergio que se llamaba Luci con su marido (un sesentón de panza prominente y bigote no menos prominente con un sentido del humor acogedor y agradable), otro hermano de la madre con su mujer, que se llamaban Julio y Julia y que, a parte de esta alegre coincidencia, eran bastante serios y la hija de Julio y Julia, que se llamaba Carmela y venía acompañada de su marido, Gnut, que era sueco y hablaba muy poco español porque ellos vivían fuera de España y sólo venían quince días en verano. Gnut y Carmela eran los padres de los dos únicos niños de la casa. Miguel y Brune, que tenían 4 y dos años respectivamente y no paraban de correr y jugar.

Tras observarles un rato se dio cuenta de que era posible que ni Gnut ni, por lo menos, Miguel, vieran a Amelia, Felicia y Leonor y a la señoras no les hacía especial gracia tener a los niños por allí enredando. Margarita las veía perfectamente y las tres mujeres fueron a hablar con ella en cuanto se había dispersado el resto de la familia a sus respectivos hogueras en la ladera de la montaña por la que se desparramaba el pueblo. Amelia fue la primera y le dijo “Hueles un poco a muerte, tienes que quitarte esas manchas”, pero se lo dijo con una sonrisa enorme y luego le dio un abrazo, con lo que a Margarita se le quedó una sensación muy agradable en el cuerpo. Leonor, que era la abuela de Sergio, fue la segunda en acercarse y le dijo “¿Sabes jugar al chinchón? Si sabes jugar al chinchón en esta familia te vamos a querer. Se juega cada noche”. Por último, Felicia, la más mayor de las tres, se le acercó y la palpó el brazo, hizo un gesto de disgusto que parecía referirse a la debilidad de Margarita que, es cierto, tenía brazos de pajarito. No le dijo nada más.

XXXXXXX

No fue hasta que cenaron y Margarita y Sergio se fueron a dormir (estaban muy cansados) que la madre de Margarita se puso en contacto con ella. Sergio estaba ya dormido, pero ella no podía -quizás por el cambio de hora del turno o más probablemente por los nervios del día. Sergio decía que a su familia les había caído muy bien y les había gustado mucho, pero esas cosas nunca se sabían del todo.

Miraba el techo de la habitación, una pequeña sala con apenas un colchón bien abrigado para dos, una lampara de mesa y un espejo, cuando se encendió su móvil por la entrada de un nuevo Whatsapp. Era un audio de su madre. Al verlo se le aceleró el corazón. Hacía semanas que no le decía nada. Se puso unos cascos y se conectó.

“Hola cielo, ¿cielo? Soy mamá. No sé si me oyes, no paro de mandarte mensajes, amor y nunca me dices nada. ¿Qué haces? Cuéntame cosas. ¿Cómo está papá? Lleva yo que se el tiempo sin decirme nada. ¿Te estás abrigando? Abrígate por favor, Margui, que aquí hace un frío...”

Paró el mensaje y se tapó la boca con la mano. Estaba llorando. No lo podía evitar. Cada mensaje de su madre terminaba en llanto. Cuando llegó el primero pensó que sería como con Amelia, Leonor y Felicia, que tarde o temprano aparecería y que podrían hablar normal, como algún otro amigo suyo, pero no. Nada de eso. Su madre sólo hablaba con ella usando el whatsapp. Ella le respondía con audios muy largos, pero parecía que, al tiempo de haberlos escuchado se le olvidaba lo que le había dicho. A veces podía intercambiar algún mensaje, pero luego pasaban días sin que llegara nada (a veces semanas) y la siguiente vez que “hablaban” no había dejado ningún tipo de rastro. En realidad era como oír un eco, la cáscara de una persona, con las dos o tres preocupaciones constantes (el frío, cómo está papá, qué tal te va a ti) y algún reproche. Le seguía preguntando por su relación con ese chico tan majo que había conocido, que era Sergio, pero no sabía que seguían juntos.

A veces la propia Margarita se preguntaba si quería realmente a Sergio o simplemente se empezaron a enamorar a la vez que empezó la enfermedad de su madre y su muerte consolidó su noviazgo. Eso era algo que ella tenía claro desde el principio, que había sucedido así. Que Sergio había sido el refugio del dolor de la muerte de su madre, pero se preguntaba a veces si, precisamente por eso, su amor era menos real. Si era una especie de juego de dependencias. Porque con Sergio la sensación de que su vida era plena estaba ahí todo el rato, parecía no faltarle nada y ser feliz, mientras que ella... Las llamadas de su madre siempre le volvían la cabeza del revés. No sólo porque eran como señales de alarma que rompían una normalidad que creía estaba conquistando, aunque fuera poco a poco, sino porque encerraban también un secreto.

No le había contado a nadie lo de las llamadas. Cuando sucedió la primera pensó que algo así iba a ser mucho impacto para su padre, que estaba destrozado. Pensó en esperar a que, de las llamadas, pasara a algo más compacto y permanente, más físico, y pensó entonces que la suerte de recuperar así a su madre serviría como sorpresa. Que le diría a su padre que había guardado el secreto para darle una sorpresa con la buena noticia. Así, mientras el padre de Margarita se hundía más y más en la depresión, su hija confiaba en la llegada de su madre para resolverlo todo. Pero a partir de la cuarta o la quinta llamada se dio cuenta de que no iba a ser así, que su madre era esa voz, y poco más que eso. Y para entonces su padre estaba tan apagado que sintió que contarle lo que estaba pasando sería aún peor.

Pero su madre seguía aquí y el secreto sonaba ya, casi tres años después, a mentira. A ocultar algo para quedárselo para ella. Y muchos días Margarita creía que así era. Que no contaba nada para garantizar que los pedazos de su madre no se agotaran, que sería así pasa siempre. Y como toda mentira, había forjado también un muro entre su padre y ella. Como si el eco de la voz de su madre, esa falta de cuerpo, los estuviera vaciando también a los dos. Al menos a la relación entre ellos. Esa figura en el salón que nunca estaba. La ausencia, que se hacía presente en medio de la noche, de improvisto.

Otros días pensaba que la presencia constante y repetitiva de su madre no la dejaba avanzar en su vida y entonces terminaba llorando aún más, llena de rabia contra si misma.

Y a Sergio tampoco le había contado nada.

Así que vuelta a empezar. ¿Le quería realmente? ¿Si le quería tanto porque no hablaba de los mensajes de su madre?

Terminó por quedarse dormida enredada en sus pensamientos.

XXXXXXXX

Al despertad al día siguiente, Sergio ya estaba arriba. Instintivamente, como había hecho los últimos 2 años cada mañana, miró al teléfono. Era lo primero que veía cada mañana. Su primer contacto con “la realidad” era una pantalla negra y con algún roto, como una ventana que se empieza agrietar por los bordes, a la espera de terminar por desmoronarse.

Había 32 notificaciones de mensajes de su madre llegados durante la noche.

Al verlos, el corazón se le aceleró y las sienas le botaron. Se levantó y se fue al baño corriendo, descalza, con el móvil en la mano y sus cascos. Se encerró allí pidiendo perdón un par de veces porque tanto Julia como Julio tenían la necesidad imperiosa de entrar en ese preciso momento. Una vez dentro se puso a escucharlos uno a uno.

Eran mensajes más o menos normales, pero de pronto, su madre le había mandado una anécdota de cuando tenía 20 años y fueron al campo con su amiga Pili, a la que le daban miedo las mariposas, que duraba cuatro minutos. Otro mensaje era una lista de la compra, tal y cómo muchas veces cuando Margarita era pequeña, le había “cantado a su hija”. La inmensa mayoría cumplían el patrón qué tal, cómo estás y los olvidos habituales. La voz de su madre sonaba igual que siempre, limpia, clara, muy alegre. Simplemente había muchos más. Muchísimos más.

Descubrió que estaba sudando, un poco por el calor del verano y otro poco por los nervios. Se preguntó si había llegado el momento de contar lo que estaba pasando a Sergio y decidió que no, que allí, con su familia, la sección eslava, las abuelas muertas, Julia y Julio, sus padres, no tenía ningún sentido. Pero tenía que contárselo. No podía seguir así. Lo haría a la vuelta. Al volver a casa. En el coche, por ejemplo, se lo diría.

Se duchó y con el agua logró borrar toda sensación de angustia y velocidad que tenía en el cuerpo. Se sentía bien de nuevo, dispuesta a ver el pueblo y acercarse más a la familia de su novio.

XXXXXX

El día había transcurrido con absoluta normalidad, más allá de que al salir a la calle y visitar el pueblo, las permutaciones de encuentros familiares se multiplicaron. Era imposible seguir el

rítmo, pero Margarita se sentía contenta y decidió tomárselo con humor, cosa que gustó a todo el mundo. Visitaron la virgen, con su explanada, y la iglesia vieja, el pórtico -que era precioso- y, la panadería. La panadera tendría su propia historia, la verdad, alguien tendría que contarla, habría duendes y calor y gente que se levanta a las cinco de la mañana y un accidente de coche y un niño que disputarle a la noche (me encantaría saber cómo acaba, pero aún no lo sé) En cualquier caso, no es la historia de Margarita.

En la historia de Margarita basta saber que comió por primera vez en su vida el mejor pan que había probado jamás. Bajo las normas de ese pan, su cuerpo espigado y frágil se habría ensanchado y redondeado. Bajo las normas de ese pan, probablemente Felicia le tendría más cariño.

Comieron bien y cenaron mejor. Y al terminar de cenar Margarita comprobó que tenía...

...Otros 40 mensajes de su madre.

Pero esa vez pasó algo distinto. No un nervio, no la aceleración habitual y la culpa posterior. Nada de eso. Los vio. Supo que serían similares a los de siempre y decidió beberse un vaso de agua dejarlo para luego.

En realidad no recordaba haber tomado la decisión, más bien los vio y lo siguiente que estaba haciendo era beber agua. Se bebió tres vasos. Y no tenía sensación de sed.

Y entonces jugaron al chinchón.

Eran siete. Sergio, su madre y su padre, Julia (pero no Julio, que dijo estar cansado y se fue a dormir) Luci, Leonor y la propia Margarita. Jugaban con dos barajas usando los doses de comodines. Sergio, que jugaba cómo si fuera un super ordenador de cálculo, pidió que se retiraran dos doses o sería imposible pasar de una primera ronda. Tenía razón. Jugaban a cien puntos con reenganche y Margarita era espantosa jugando, pero lo llevaba bien y se reía de sus propias derrotas o de las jugadas posibles que no había visto.

Cuando se había reenganchado dos veces y estaba camino de la tercera (mientras la madre de Sergio lograba mantenerse en un portentoso menos diez en la puntuación, cosa que para Margarita era de medalla olímpica) le llegó la siguiente jugada: un as de oros, un caballo de bastos, un siete de bastos y cuatro doses.

Había 80 cartas y seis doses y le había entrado 4 de mano. No se lo podía creer. Tanto que le dio la risa, preguntó si se podía usar más de un dos para "ligar las cartas" (desde luego, no era la mejor estrategia jugando, porque todo el mundo asumió que tenía una jugada estupenda y empezó a maniobrar para que nos les pillaran con muchas cartas) y al poco, descubrió las suyas.

Las reacciones fueron, la verdad, bastante inesperadas.

Sergio se quedó sin decir nada y la miró de una forma que Margarita no había visto jamás y que no lograba descifrar. Su padre le tocó el hombro con un gesto también indescifrable.

El marido de Luci se tocó el bigote un par de veces y manifestó un simple “Vaya”.

La madre de Sergio murmuró que era demasiado pronto, con extrañeza. A lo que Luci dijo “no tanto... Diez años, yo creo”

– Doce – sentenció Leonor dejando sus cartas encima de la mesa y poniéndose de pie. Como si la partida hubiera terminado. Parecía llena de satisfacción.

Amelia entró en el salón, vio la jugada, sonrió y dijo, mirando a Margarita: “Lo sabía”.

Carmela no dijo nada. Se puso en pie y le dijo a Gnut que había que irse a la cama. Los niños intentaron pelearlo un poco diciendo que era aún pronto, pero la mirada severa de su madre los calló. Carmela miró a Julia y ella le dijo “Si quieres quedarte, yo me encargo. Yo ya lo he visto” Carmela sonrió y dejó que Gnut y su madre se fueran con los niños.

Y cuando Margarita fue a hablar, apareció en el rellano de la puerta, Felicia, que les miró a todos y dijo algo tipo “Se se se se”, apremiándoles a moverse. La autoridad de la mujer, aún sin articular palabra, era absoluta.

Todo el mundo se puso de pie menos Margarita, que no entendía nada.

– ¿Se puede saber qué pasa? – Dijo.

Sergio la cogió del brazo y le dijo que se lo contaba abajo. Así que Margarita, casi por inercia, y viendo que toda la familia estaba saliendo de allí a toda velocidad, le siguió.

XXXXXXXXXX

Las explicaciones de Sergio estaban siendo, básicamente, inútiles. El motivo fundamental es que, lo que fuera que pasara no incumbía en absoluto a los hombres de la familia. Era “algo” que formaba parte de “las obligaciones”. Cuando Margarita preguntó por las obligaciones Sergio no supo explicarle demasiado bien. Incluía un viaje y botijos. También sabía que cuando pasaba, lo cual no era muy a menudo como ya había intuido Margarita, pasaban “cosas”. Y el azar... Bueno, perdía su sentido. Las cartas eran como... la señal de alarma. Así que...

– Por eso hay que jugar todas las noches – completó Margarita.

A pesar de no saber muy bien de qué iba el tema, Sergio estaba emocionado. Que le hubiera pasado a ella era una señal inequívoca de que era parte de la familia. Margarita no estaba tan

contenta por varios motivos, fundamentalmente dos. Uno, por qué no se le había comentado nada de esto antes. Y dos, al parecer, ahora ella tenía que hacer también ese viaje.

Sergio le explicó que no se le había ocurrido que fuera a pasar algo así y que, bueno, no quería agobiarla con cosas de su familia. Margarita recordó a su madre mandando mensajes y decidió que, efectivamente, cada quién tenía sus cosas de familia que comentaría a su debido tiempo. Y si tenía que ser por acción de una poderosa fuerza vinculada al azar, así sería.

De lo que Sergio no tenía demasiada idea es de a dónde era el viaje.

“Al barranco” – le dijo.

Armada con esa extensísima información y, por qué no decirlo, un poco decepcionada con que su novio, en 32 años de existencia, no hubiera investigado un poco más sobre este acontecimiento, Margarita tomó la decisión de que si le habían salido 4 doses de 80 cartas en una primera mano era evidente que tenía que ir y que no ir provocaría un impacto negativo en la familia de su novio y... Tampoco parecía peligroso. ¿Lo sería?

Se abrigó un poco (pantalones vaqueros, sudadera con capucha y mochila) y bajó las escaleras hacia la calle. En la segunda planta se encontró a Leonor. Llevaba un vestido de color amarillo con flores, se había maquillado los labios de un rojo intenso y su pelo, de color blanco, estaba perfectamente peinado. Parecía una fotografía de los años cincuenta que hubieran coloreado.

– Disculpe. No sé lo que tengo que hacer con esto de las obligaciones – le dijo Margarita al verla.

La mujer le sonrió y le dijo que no se preocupara, que no iba a estar sola.

– ¿Hay que vestir elegante...? Tenía idea de que no – Dijo.

– No cariño, es que yo no voy. Tengo que aprovechar. Además, ya estáis las mozas guapas como tú. Irán la Felicia y la Amelia. Es suficiente.

– Pensaba que no podíais salir de la casa.

– De normal no, pero hoy no es un día normal.

Le dio un beso y parte del carmín rojo se le quedó pegado a Margarita en la mejilla. En ese momento pensó, fugazmente, en su madre. En lo que le gustaría tenerla a su lado. En que fuera un fantasma como los demás.

Leonor caminó por el pasillo, hacia el salón, donde sonaba un pasodoble. En el interior, casi a oscuras, Margarita pudo distinguir una figura. Era un hombre también mayor, con la cara redondeada, de gestos sencillos, con un pantalón de pana y una camisa de color blanca que se esforzaba por ser elegante. Leonor era más alta que él, que la miraba con devoción. Ella se agachó un poco y se dieron un beso.

Margarita sintió que estaba rompiendo una intimidad que no le pertenecía y salió de nuevo hacia abajo, a la calle, a buscar su historia y sus obligaciones.

XXXXXXX

No era fácil moverse por la noche en el interior del barranco.

Encabezaba la marcha Felicia, que llevaba dos botijos (uno en cada mano) y no parecía tener problemas para ver nada. Detrás de ella estaba Carmela, un botijo y mochila con botellas de agua, todas vacías. Llevaba también una linterna. Al lado de Carmela estaba Amelia. También parecía verlo todo sin problemas. No llevaba equipaje de ningún tipo y saltaba de piedra en piedra sin tropezarse. Parecía fácil seguir el camino. Detrás de ellas iba la madre de Sergio, con una bolsa de tela en una mano y en la otra un botijo bastante grande y un frontal para la luz y, a su lado, Margarita, con su mochila también con botellas de agua vacías y un botijo en la mano, pero sin linterna, alumbrando con la del móvil.

Detrás de ellas un reguero de mujeres vivas y muertas. Unas veinte en total. La disposición era similar. Las muertas sin luz de ningún tipo, las vivas más mayores con bolsas y botijos y algo para alumbrarse o usando la luz de las jóvenes y las propias jóvenes con mochilas y móviles.

Desde arriba parecían un sendero de luces, pero a ras de suelo eran un cruce de “haces” más o menos disperso que a veces ayudaba y otras, la verdad, parecía entorpecerlo todo un poco más. Alguna de las más jóvenes se iba tropezando de tanto en tanto y las mayores la ayudaban a que no se quedara atrás. A pesar de ello, Felicia no aminoraba. Casi iban corriendo.

Tras unos cuarenta minutos de camino en el interior del barranco llegaron a lo que parecía una enorme cantera de piedra, que también atravesaron. Ya no necesitaban las luces, la luna iluminaba la cantera y sus gigantescas piedras cuadradas, que formaban senderos laberínticos. No se oía nada más, ni el viento, ni los árboles, ni siquiera, se dio cuenta Margarita con sorpresa, sus propios pasos. Era una cámara de silencio que las protegía, ¿de qué? Imposible saberlo.

Poco después de la cantera de color blanco, se separaron del lecho del barranco y subieron por un camino estrecho hacia lo que parecía una enorme chopera. Felicia hizo una señal de alto y el grupo se paró justo antes. Allí había un caño escondido entre el musgo y los juncos, del que brotaba un chorrito de agua. Felicia llenó con paciencia sus dos botijos y señaló para que el resto lo fueran haciendo. Ninguna de las mujeres bebió una gota de agua, por lo que Margarita tampoco lo hizo, a pesar de que el calor y la marcha le habían dado mucha sed.

Estuvieron un buen rato llenando cada botijo y cada botella y, al terminar, Amelia, dio un paso al frente, en dirección a la chopera.

– Las que ya habéis venido alguna vez sabéis cómo es ésto. Para las nuevas, no os preocupéis. Sólo hay que mirar al camino y dejarme hacer a mi. Poneos en fila, que es mejor.

Lo hicieron.

– Muy bien, y ahora como en fiestas de agosto cuando viene el Rocky.

Hubo alguna risa. El rocky era un DJ que venía al pueblo cada año a pinchar discos por fiestas y hacía coreografías.

– Agachadas y la mano atrás del culo. Se la cogéis a la de delante. Si lleváis dos botijos lo repartís a alguna mochila.

Más risas. Era inevitable. A Felicia, aquello no le hacía ninguna gracia, pero por lo que dijo Amelia “era por su protección”.

– Muy bien, ahora calladas, andando despacio la fila y mirando al suelo. Recordad, no hagáis caso de nada de lo que os diga los chopos.

Margarita se asustó, con un terror de ciudad, ajeno a los bosques, al barranco y al agua. Un terror de calles solitarias y cambiarse de acera por precaución, un terror de mandar mensajes a las amigas para decir “ya he llegado”. Pero la cadena de mujeres enganchadas en la posición más ortopédica posible se lo arrancó del cuerpo. Las más jóvenes se reían, las mayores preferían el silencio. Amelia no les daba indicaciones. Margarita no veía dónde estaba, pero se habían separado de la linde. Siguieron andando con un tono jovial entre los “sssh” de unas y las risas de las otras, hasta Margarita empezó a escuchar otro sonido. Era como una mezcla de siseos y sonidos de hojas moviéndose, acoplándose unas sobre las otras, y en medio del siseo... Una voz.

– Margarita, cariño.

Era su madre.

La voz de su madre allí, no pegada a su oído como cuando salía del altavoz del móvil, sino alejada, en el interior de esa maraña de viento y hojas en movimiento. Y luego más sonidos. Sonidos físicos: Los pasos de su madre acercándose hacia el grupo de mujeres poco a poco.

– Margarita, soy mamá.

Más cerca. Y más y más. Margarita casi podía sentir la mano de su madre cerca de su cara. Casi una caricia. Lo que llevaba esperando dos años estaba sucediendo, la voz de su madre se estaba haciendo cuerpo. Pero el sentimiento, como en los sueños, dónde las formas son una cosa y las emociones otra y los significados una tercera no prevista, era de miedo. Una inqui-

etud creciente que la impulsaba a salir corriendo y escapar de allí. No quería que le tocara, que su madre no le tocara la cara.

Ese era el terrible sentimiento. “Por favor, que mi madre no me toque la cara. Que no me toque la cara”. Margarita tuvo tiempo para pensar dos cosas. La primera era, cómo en tantas otras ocasiones, si ese sentimiento de inquietud y repugnancia venía de una emoción suya real o era fruto del contexto y entonces esa madre que venía hacia ella no era “real”. La segunda fue en la mano de la mujer que tenía delante. Pensó en esa mano, la sintió, sintió su peso y la oscilación que producía al moverse. Pensó en esa mano como el sostén de la vida de la mujer que tenía delante. Y luego sintió su propia mano enlazada con la de la mujer que tenía detrás. El sudor en las manos fruto del calor y los pequeños ajustes de peso y forma para seguir agarradas. Pensó en eso hasta que la voz de su madre se fue alejando. Se dio cuenta de que había cerrado instintivamente los ojos, así que los abrió.

Ya habían atravesado la chopera. Las mujeres se soltaron unas de otras. Amelia, sin embargo, no estaba allí. La madre de Sergio se acercó a Margarita al ver que miraba hacia atrás con preocupación. La mujer tenía lágrimas en los ojos, pero sonreía.

– No te preocupes por Amelia. La recogemos al volver. Alguien se tiene que quedar con los chopos.

Margarita la acarició el brazo.

– ¿Estás bien? – le dijo.

– Si, si. Son los árboles y los recuerdos. Es un poco... Bueno, ya lo has visto.

Volvió a sonreír y se apartó.

Caminaron un poco más, difícil saber cuanto tiempo. Pero llegaron a su destino.

XXXXXXXXXX

La poza era circular, de tierra gris, pulida por el tiempo y grande como una piscina. El camino la rodeaba parcialmente, de tal forma que creaba una especie de mirador al borde que quedaba a unos doscientos metros. La luna volvía a ser una fuente de luz inagotable y desde arriba podía verse todo el valle. Estaba prácticamente seca y en el fondo, apoyada en el fondo casi sin moverse, había una sirena de unos 3 metros de altura.

– ¡Tetis! – dijo Felicia, articulando el nombre como buenamente pudo.

La sirena la miró y esbozó una levisima sonrisa. La cola se le movió un poco.

Felicia cogió uno de sus botijos y empezó a echar el agua en la poza. Poco a poco, el resto de las mujeres fueron haciendo lo mismo. Veinte chorros de agua simultáneos que, poco a poco iban llenando la poza. El agua duraba y duraba. Mucho más de lo que contenían los distintos recipientes. Era evidente que allí no había 30 litros de agua, sino probablemente mucho más.

Pero aún así, con toda el agua que echaron, cuando se agotó, la poza estaba llena hasta no mucho más de la mitad.

Sin embargo, Tetis estaba feliz. Había recuperado la energía y la movilidad. Nadaba, saltaba, daba vueltas y buceaba y el aire a su alrededor era eléctrico. Margarita notaba como los pulmones se le llenaban de vida y energía. Las más jóvenes de la marcha estaban tan animadas, que una de ellas se quedó en bragas y saltó al agua. Algunas mujeres más la acompañaron. Margarita sin embargo sentía su alegría a través de una tranquilidad que hacía mucho, mucho tiempo, que no sentía. Sólo quería quedarse allí, mirando el valle, descansada...

El sonido primitivo de un cetáceo prehistórico retumbó por todas partes. Nadie se asustó. En medio del valle, en la nada más absoluta, flotando en el aire, había una especie de ¿tortuga? ¿Ballena? que navegaba el valle y la noche. En la piel se le veían cicatrices del impacto de meteoritos y restos de estrellas que aún se estaban destruyendo.

Margarita sonrió, y pensó que le gustaría compartir esa belleza con Sergio. Y luego pensó que no era esa belleza, de ese lugar concreto, de ese secreto compartido que le pertenecía sólo a las mujeres del pueblo, sino la belleza en general. La certeza del amor se concretó ahí y volvió a inundarla de tranquilidad.

Felicia rompió el momento con una palmada para apremiar a todas las mujeres a marcharse de allí. Habían hecho lo que tenían que hacer y ahora tocaba volver. El valle no era suyo, ellas sólo lo estaban cuidando. Una de las más jóvenes se quejó un poco, pero fue en vano.

Tetis les saludó con la mano, feliz y vieja como el tiempo. Una criatura geológica que volvía a nadar.

Margarita pudo comprobar en el camino de vuelta que la sensación de tranquilidad no se agotaba al salir de la poza. También, que como pasa tantas veces, el camino de vuelta es más sencillo y más rápido, simplemente porque sabes a dónde vas. El regreso fue también más hablador. Las chicas jóvenes compartían sus sensaciones, alguna le preguntó a la propia Margarita, que estaba en una edad intermedia y además era “recién llegada” qué le había parecido la experiencia. Intento explicar lo mejor que pudo la sensación de tranquilidad y plenitud, pero no estaba segura de haberlo transmitido tal y cómo era.

Las mayores estaban un poco más preocupadas. Un grupo de cuatro, en el que estaba la madre de Sergio y también Carmela, que llevaba todo el viaje sin hablar, junto con otras dos primas que Margarita ya no era capaz de identificar entre la multitud de parentescos, comentaban en nivel del agua en la poza. Había bajado mucho desde la última vez. Normalmente la poza

quedaba llena hasta la linde del camino y esta vez... Ni siquiera la mitad. Y el caudal de la “fuente del limón” (Así parecía llamarse el lugar dónde habían cogido el agua) prácticamente había desaparecido. Calculaban que tendrían que volver a la poza en, como mucho seis años. Y que es posible que entonces ya no quedara agua. No sabían lo que podría pasar en ese momento, pero para todas era bastante evidente que Tetis no podría vivir sin agua. Había, además, otro problema. El propio pueblo no podía hacerse cargo sólo de estar atento al acantilado. Esta vez no había habido problemas con la chopera, ni habían “molestado a las piedras”, pero cualquier idiota que subiera hasta allí, una de esas “criaturas del plástico” que estaban apareciendo de tanto en tanto, podría empeorar la situación más y más rápido. En el pueblo en invierno había 12 personas vivas y 20 muertas. Las muertas no podían salir de casa más que en ocasiones como ésta. ¿Qué iban a hacer? Varias de ellas, que vivían todas en ciudades relativamente cercanas llevaban ya tiempo pensando en invertir dinero para arreglar sus casas en el pueblo y poder disfrutar también de periodos de inviernos. “De 2000 personas en verano a 12 en invierno” – Dijo una de las mujeres, que era bióloga – “es insostenible”.

Margarita no sabía cómo debía tomarse esas palabras. No sabía que relación tenía ella ahora con el barranco. Supuso, se dijo sin hablar con nadie, que era un poco cosa suya decidir qué relación quería tener. Sergio lo había llamado las obligaciones. Quizás se extendieran más allá de esa noche y del propio pueblo. Quizás esa sensación, esa tranquilidad, esa alegría, no era gratis, sino más bien fruto de otra cosa. De algo que se debían unas a otras y al barranco y al valle y a Tetis. Quizás esa ventaja era también una cierta deuda.

No cogieron el camino de los chopos, sino que fueron por la vertiente contraria del barranco, ahora – Al parecer – No era necesario volver por allí porque no iban a la poza, sino simplemente al pueblo que siempre estaba dónde tenía que estar.

En uno de los lados del camino, cuando ya estaban tan cerca del pueblo que se podía ver el campanario de la iglesia y la explanada de la virgen, se encontraron a Amelia. Estaba sentada abrazada a sus rodillas, con gesto risueño mirando a la luna. Se acercó a Felicia, que seguía abriendo la marcha y le dijo.

– Madre, me ha contado el chopo unas historias más bonitas...

Felicia quería llegar a casa. Le hizo un gesto con la mano para que siguieran avanzando sin perder tiempo. Amelia se mezcló con el resto del grupo y les dijo lo mismo. Que el chopo contaba historias preciosas y que era una pena que esta vez no hubiera ninguna embarazada, que el chopo le habría hecho un regalo al niño o la niña para cuando naciera. Pero no importaba. Ella se acordaba de todo y se lo contaría a las siguientes generaciones.

Al llegar al pueblo se dieron cuenta de que estaban muy cansadas, como si al entrar, todo el esfuerzo del viaje (y eso que aún era noche cerrada, no habrían pasado cuatro horas) se les echó encima. Se abrazaron y besaron. Despedidas y cariño. Las mayores recordaron al resto que lo

que habían visto era un secreto entre mujeres, un obsequio y también una obligación. Que a eso estaban ahora atadas y que dependía de cada una estar a la altura.

Margarita se sentía parte de un club especial y sintió orgullo y ganas de estar con esas mujeres y conocerlas más y mejor. Sus nombres, sus trabajos, sus lazos con el mundo, sus ideas...

El grupo que había salido de casa de Sergio llegó y se encontró a todos los hombres de la casa (salvo Julio, que no se había levantado) en las escalinatas que daban entrada al hogar. Estaban fumando y charlando. Al verlas hubo algo de jolgorio. Aplausos, abrazos, alguna broma. Ninguno preguntó por lo sucedido más allá de un “¿todo bien?” que se respondió con un simple “bien”.

Al rato, al acostarse, Margarita le dijo a Sergio que le había gustado mucho el viaje. Y se durmió.

XXXXXXXXXX

Al día siguiente era domingo. Unos fueron a misa, otros durmieron a pierna suelta. La noche anterior no formaba parte de las conversaciones, ni siquiera de las mujeres. El día pasó tranquilo. Sol, paseos, lecturas, chapuzón en el río, permutaciones de primas y primos a los que ya iba conociendo.

Al llegar a la cama por la noche, Margarita se dió cuenta de que llevaba todo el día sin mirar el móvil. Al verlo apoyado en la mesita de dormir sintió que la frente se le volvía a perlar de sudor frío. Tenía innumerables mensajes de su madre de la noche anterior. Cientos.

Del domingo, había uno, nada más. Con un esfuerzo enorme, sintiéndose culpable, recuperando angustias que el pozo le había hecho olvidar, Margarita apagó el móvil.

Al día siguiente, muy pronto, salieron de vuelta a Madrid. Margarita tenía turno de tarde.

XXXXXXXXXX

Gladys Love había sobrevivido y se encontraba en una cama de la planta cuatro del hospital. Le habían puestos con tres señores, lo cual era incómodo para ellos y violentísimo para ella. El médico le había dicho que no había más camas disponibles. Las cortinas eran su única defensa a la exposición. Eso y que, por desgracia, tampoco estaba tan recuperada con lo que se pasaba medio narcotizada todo el tiempo. El cuerpo le dolía a horrores por los moratones, tenía pesadillas por la paliza en las que veía los rostros de sus agresores como sombras, borrones, porque en realidad no había llegado a verles la cara (la paliza empezó con una patada en la espalda) y el pulmón perforado, aunque la operación había salido bien, no estaba en las mejores condiciones. De hecho, le costaba respirar y tenía “pitos” que, probablemente, se quedarán con ella para siempre.

Sus amigas y amigos habían venido a verla, habían puesto la denuncia y le contaban que la paliza, al menos, había tenido visibilidad. Pero Gladys no quería esa visibilidad con forma de focos, retuits y menciones, de gente diciendo “Eres un ejemplo” y gente diciendo “Eres una basura, eres un monstruo, no eres una mujer”

Ella era tímida, siempre lo había sido. La tensión entre la timidez y la necesidad de exteriorizar lo que sentía que era para convertirse en la mujer que había conseguido ser no había sido un camino de rosas, más bien al contrario. Ya era bastante duro el día a día como para que le pusieran un foco encima.

Una amiga le dijo que había hablado con su madre y le había dicho que estaba fuera de peligro, pero ella no había pisado la habitación. A Gladys, que se había puesto Gladys por su abuela, no por la cantante como decía siempre para darse un aire pop y desenfadado, aquello le rompía por dentro, pero había aprendido a hacer coraza y tener paciencia. Su madre vendría, porque la quería. Tarde o temprano. Si su abuela había ido a verla desde el pueblo, para entender a su nieta e intentar explicarle a su hija, su madre vendría.

Pero quien vino fue la enfermera que la había atendido de urgencias. Había soñado también con ella, pero se le había olvidado. Lo recordó al verla entrar, larga, rubia y flaca como un tallo de trigo, en su habitación.

XXXXXXXXX

Margarita llegó a su turno del hospital cuarenta minutos antes. No lograba concentrarse. Se puso el uniforme de enfermería y se encontró a si misma buscando a Gladys en los informes médicos del fin de semana. Había salido adelante. En todos los informes seguía constando, como constaba en su DNI, un nombre que no era el suyo. Al ver que estaba viva sintió una nueva punzada de culpabilidad, pero la superó.

Tenía que ser egoísta de nuevo.

Subió a la habitación dónde estaba descansado Gladys y se la encontró en una habitación pequeña con otros tres tipos que hacían por ignorarla con bastante eficacia. Tenía la cara aún hinchada y morada, un labio partido y el ojo izquierdo semicerrado por los golpes.

Al verla, Gladys sonrió. Margarita se puso inmediatamente nerviosa por lo que iba a hacer. Pero siguió adelante. Cogió una butaca y se acercó a Gladys.

– ¿Cómo te encuentras? – Le dijo.

– Mal – Respondió Gladys, pero luego volvió a sonreír – Viva.

Margarita tomó aire.

– He venido a verte, pero también a pedirte un favor.

La chica la miró con sorpresa.

– Lo voy a decir directamente y... aunque te suene una tontería, para mi es muy importante. Y sólo lo puedes hacer tu porque... eres la única que lo sabe.

Gladys se incorporó un poco. Margarita no sabía leer su expresión porque ella era todo nervio. Margarita sintió que la iba a mandar a paseo, lejos de allí. Sacó su teléfono móvil del bolsillo de la bata y se lo entregó.

– Mi madre...

Para es momento ya le estaban corriendo lágrimas por las mejillas.

-Mierda... Al poco de morir mi madre empezó a mandarme mensajes de audio por WhatsApp a mi móvil.

Gladys la miraba con atención e interés por su único ojo abierto de par en par.

– Necesito que cojas este móvil y lo tires. No me digas dónde. Sólo... Sácalo de mi vida.

– ¿Sólo eso?-- Dijo Gladys.

Para Margarita “eso” era el mundo entero.

– Si, claro. Lo haré.

Margarita se separó del teléfono y sintió que tenía que salir de allí.

– Gracias, Y perdona.

Se levantó corriendo y se marchó al servicio, dónde se hundió en lágrimas.

XXXXXXXXXX

Al salir del turno del hospital cogió el metro y un autobús y volvió a su barrio. A su vieja casa de siempre. Ladrillo visto, soportables, parque y carritos de la compra. En su casa, su padre, encerrado en su silencio, con las persianas bajadas para expulsar el calor y quién sabe qué más. Le abre la puerta y sonrío al verla, no la esperaba. Su hija, Margarita, de pie en el quicio de la puerta, le da un abrazo que se prolonga. Su padre primero quiere agotarlo, nervioso y preocupado, como si todas las muestras de afecto de su hija vinieran de un dolor o de un problema y encerrarán algo malo, pero luego se deja y se funde en el abrazo, que dura tanto como para que ella se rompa en sollozos y el murmure “hija...” Vulnerable y torpe sin saber si podrá

ayudarla, si estará a la altura, pero cómo el abrazo sigue y sigue, se recompone sola y sonrío y le dice “papa”, no “papá” “papa”.

Papa que lo siento porque lo hecho mal estos años, pero ya voy a estar bien. Que no te he dicho las cosas, papa, lo siento. Las cosas las tenemos que decir, pero empiezo yo no te preocupes.

Y su padre siente que hay un camino muy largo y que al final de ese camino no había nada, pero ahora se ve la silueta de su hija, de vuelta.

– ¿Te quedas a cenar?- dice él.

Y ella le dice que si, que tiene que avisar a Sergio, pero que ha perdido del móvil. Y al decirlo, que lo ha perdido, que necesita un móvil nuevo, Margarita nota que la angustia se deshace, que los nudos se deshacen. Y recuerda los cefalópodos nocturnos del mar de Tetis.

XXXXXXXXXX

Margarita volvió a ver a ver a Gladys un par de días después.

– He pensado que ahora debería hacer algo yo por ti – le dijo – ¿Hay algo que quieras?
– Muchas cosas, pero tú no puedes resolverlas porque en realidad no dependen de mi. Yo estoy bien – dijo.

Luego se volvió a reír y se señaló el cuerpo.

– Bueno, bien... Dentro de un orden.

Se rieron de nuevo las dos. Era de día, la habían cambiado de cama en la misma habitación para que la luz de la ventana le diera en la cama. Margarita, por otro lado, venía con su propia idea.

– Este fin de semana me contaron un secreto, un secreto que sólo conocen mujeres de una familia. Es un secreto y dicen, también, que es una obligación. Es cierto que tiene una parte de obligación, pero... En comparación, lo que te da con lo que te quita, diría que es más bien una bendición. ¿Quieres que te lo cuente?

– ¿No sería eso traicionar el secreto? Tú y yo no somos familia, que yo sepa.

– El problema es que cada vez menos gente conoce el secreto. Y si el secreto no se conoce, la obligación no se puede cumplir. Además, te debo una.

Gladys se quedó en silencio, sopesando las palabras de Margarita.

– Cuéntame.

Margarita miró por la ventana un segundo, a la luz del sol, y comenzó.

-¿Sabes lo que es el Mar de Tetis?

Texto: Guillermo Zapata Romero, Licencia Creative Commons Atribución – No Comercial – Compartir Igual
Imagen de portada: *Cyanotypes of British Algae*, Anna Atkins (1843), Public Domain Review, Dominio público
Tipo de letra: *Fanwood Text* y *Chunk*, The League of Moveable Type, Licencia Open Font
Diseño y maquetación: Ana Méndez de Andrés